

XXV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

LECTURAS:

PRIMERA

Isaías 55,6-9

Busquen a Yahveh mientras se deja encontrar, llámenle mientras está cercano. Deje el malo su camino, el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Yahveh, que tendrá compasión de él, a nuestro Dios, que será grande en perdonar. Porque no son mis pensamientos los pensamientos de ustedes, ni sus caminos son mis caminos oráculo de Yahveh. Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a los suyos.

SEGUNDA

Filipenses 1,20c-24.27a

Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para ustedes. Lo que importa es que ustedes lleven una vida digna del Evangelio de Cristo.

EVANGELIO

Mateo 20,1-16a

"En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: "Vayan también ustedes a mi viña, y les daré lo que sea justo". Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: "¿Por qué están aquí todo el día parados?" Dícenle: "Es que nadie nos ha contratado". Díceles: "Vayan también ustedes a la viña". Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: "Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros." Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también cobraron un denario cada uno. Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: "Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor". Pero él contestó a uno de ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo

mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?". Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos".

HOMILÍA:

Como una introducción a lo que después dirá Jesús en el evangelio, el profeta Isaías nos invita en nombre de Dios, a que lo busquemos, dejando a un lado los malos caminos, ya que los del Señor son los únicos que nos pueden conducir hacia la verdadera felicidad.

No es cuestión de dinero. Dios no lo necesita. El nos lo da todo sin esperar que le paguemos. El es generoso sin límites, y quiere darnos lo mejor a todos sin excepción.

Pero para recibir los regalos del Señor tenemos que arrepentirnos, que es lo que significa dejar los malos caminos. Cuando no hacemos caso a Dios, la maldad nos pervierte y llegamos hasta pensar que lo que hacemos es lo mejor para nosotros. Pero no es verdad. El, que nos ha creado, tiene que saber lo que es mejor.

Por eso nos dice: "Deje el malo su camino, el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Yahveh, que tendrá compasión de él, a nuestro Dios, que será grande en perdonar".

Es el mismo Señor quien nos abre los brazos como a hijos pródigos, pues nos ama y quiere nuestra salvación. El espera que nosotros nos arrepintamos, ya que su deseo de perdonarnos es más grande que el nuestro de ser perdonados.

En la parábola de los trabajadores de la viña, Jesús nos quiere hacer ver que no se trata de nuestro esfuerzo lo que ha de darnos salvación, sino su generosidad y amor por nosotros.

De ahí que pague a cada trabajador el mismo salario. No tiene El un contrato con nosotros. El nos manda a trabajar en su viña a distintas horas de la vida. Al final la paga será la misma.

Los que comenzaron primero, según la parábola, reclamaron que merecían un mayor salario, pues habían comenzado a primera hora y habían soportado la fatiga y el calor.

Ciertamente hay muchos que han servido al Señor desde su temprana juventud. Hombres y mujeres que se entregaron al servicio del Evangelio prácticamente desde niños.

Pero hay muchos más que no conocieron al Señor sino cuando ya estaban en su vida adulta. Por las razones que fuesen crecieron sin un verdadero conocimiento de Quién era El. Pero llegó un día en que lo conocieron y su vida cambió completamente.

Todos esos que a lo largo de la historia se han convertido a distintas edades son los representados por los trabajadores de las doce, las tres o las seis de la tarde.

¿Tendría derecho alguien a reclamar por el hecho de haber servido al Señor desde su niñez?

En el trato con el Señor no podemos hablar de justicia sino de gracia. El nada nos debe. Todo nos lo ha dado, tanto en el orden material, como en el sobrenatural.

Incluso la conversión es un don de Dios, aunque requiere de la cooperación del individuo humano.

Así, uno de los grandes convertidos de la Historia, san Agustín, nos lanza esta afirmación: "Aquel que te creo sin ti, no te salvará sin ti".

Efectivamente, Dios no pudo consultarnos antes de crearnos, pero sí cuenta con nosotros para darnos la salvación.

Lo único que podemos hacer es demostrar que queremos ese regalo en la forma en que vivamos.

Un malvado demuestra todo lo contrario, que no le interesa para nada el ofrecimiento de Dios, porque para aceptarlo tendría que cambiar su vida y dejar el mal camino.

La justicia sería dar a cada uno lo que le corresponde. Esto no lo podemos aplicar en nuestro trato con Dios. Lo de El es todo generosidad.

Si pudiéramos pagar con nuestras buenas obras la salvación, diríamos que se trata de un derecho que reclamamos, después que hemos pasado la vida tratando de hacer el bien y cumplir lo mejor posible los mandamientos del Señor.

Pero no hay forma alguna de que podamos comprar nada que pertenece a la eternidad. Por más millones que ofrezcamos al Señor El nos dirá que todo eso es basura para El.

Lo que El desea es que recibamos abundante y gratuitamente. El dinero no vale nada ante El.

Nuestras buenas acciones son una demostración de nuestra fe, según la fórmula de Santiago: "La fe sin obras es cosa muerta" (2,26).

Pero lo que Dios mira es el motivo por el que obramos bien: nuestra fe en El.

Hay muchas personas que quieren aparecer generosos ante la gente, donando dinero en abundancia, pero lo que buscan es hacerse publicidad o que la gente los aplauda. Su generosidad es un engaño.

Ante Dios no tenemos derecho alguno que reclamar. El nos promete la felicidad sólo porque nos ama.

Así nos dice por medio de Isaías: "¡Oigan, todos los sedientos, acudan por agua, y los que no tienen dinero, compren y coman sin pagar, vino y leche de valde" (55.1)

Para participar del banquete del Señor sólo tenemos necesidad del vestido de bodas, que es la gracia de Dios. Ese también lo recibimos gratis, pues en el Bautismo se nos da por primera vez, y en el sacramento de la Reconciliación se nos le vuelve a dar cuando, por el pecado, lo hemos perdido.